



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

por las nubes á Segura, Arango, Carpio, Martínez y demás mochitanga, y en valbuenizar contra Prieto, Sierra, Acuña y los demás que no amaban los fueros ni el «Arte de hablar.»

— ¿Conque, decía Tirso, «por fin el enemigo abandonará dentro de poco la inacción en la que forzasteis á cambiar su arrogancia, y satisfará vuestro más ardiente deseo, acercándose á esta ciudad que lleva un nombre tan ilustre para vosotros como fatídico para los invasores de la patria?» La arrogancia no se cambia en inacción, sino en humildad, en decaimiento, en cualquier cosa, pero no en flojera... Esa acepción del verbo cambiar es absurda; se dice mudar. ¿Conque la ciudad lleva un nombre ilustre para los chinacos? La ciudad se llama Puebla, Puebla de los Angeles, pregunténlo á Salmerón y á Motolinia; y no sé por qué el nombre será ilustre para la gentuza ésta, ni por qué será fatídico para el ejército libertador...

Y así seguía para llegar á lo de «Soldados: al través de vuestros peligros, vais á conquistar una gloria imperecedera. Para repeler á los orgullosos soldados de la Francia, os basta con el recuerdo de vuestras propias hazañas en el cinco de Mayo.»

Vamos; conque al través de sus peligros, es decir, rompiendo los peligros como si fueran los aros cubiertos de papel de China por donde pasan los funámbulos del circo... ¡Gloria imperecedera! Yo no conozco más gloria



impercedera que la que el Señor nos tiene ofrecida por una vida de buenas obras; y no sé cómo vayan á la gloria de Dios estos malditos, ayudando como ayudan al malo... En cuanto á ese *la Francia*, vale un Potosí; ¡qué manera tan liberal de usar los artículos y qué afán de echar á perros todas las reglas! Y por allí siguió.

— ¿Sabe, Tirso, preguntó don Bernabé, que se atenía más á la práctica jugosa que á la especulación árida, sabe que hoy les dieron á estos pobres una paga extraordinaria de su haber económico?

— ¿Sí? Pues ya me explico que griten con tanto fervor lo de «¡Viva México!» «¡Viva la Independencia!» «¡Viva el señor presidente Juárez!»

Las tropas desfilaron para sus cuarteles, pero inmediatamente empezó un ir y venir de gentes, rodar de carros, paso de trenes, movimiento de viejas, correr de ayudantes y vaivén de caballos y mulas, que traían desazonada á la población.

Sedeño llegó temprano á su casa, y al pasar por la habitación de las Vacas, gritó con su vocecilla de falsete:

— ¡Arriba, niñas, arriba! pónganse hasta la mano del molcajete, que va á entrar tropa. No van á ver ahora á los pelados de hace un año, sin camisa y hasta sin fusil, sino á oficiales llenos de charreteras y de galones, con plumas, vivos, escarolas y espiguillas... Las espadas están ya limpias para empaparse en sangre francesa;

los cañones y los fusiles se hallan relucientes con el esmeril; las cureñas, los carros de ambulancia y los cofres de parque están pintados al óleo de color obscuro con filete negro; las guarniciones de las mulas son nuevas, y nuevas también las guarniciones ó sea uniformes de las otras mulas, ó sea soldados que defienden á Juárez.

Habría seguido epigramatizando el agudo Sedeño, si no hubiera oído el chirriar de dos espadas que rozaron con el barandal del corredor, y si no hubiera visto dos quepis relucientes, dos pechos llenos de cordones y dos espadas que echaban chispas de limpias y bien afiladas: eran Miguel y Antonio Romo, el nuevo vecino, que también pertenecía á no sé qué cuerpo de la guarnición.

Apenas alcanzó el tiempo para mal comer; antes de las tres ya estaban en la altura de Tepozúchil todos los habitantes válidos de la casa, contándose entre ellos Eugenia y el inseparable Tirso.

A las tres y media comenzaron á llegar los batallones y regimientos, y el gran Córdova empezó á exponer y á comentar. Se dirigía á todo el grupo; pero á quien particularmente daba noticias tratando de hacerla participar de sus opiniones, era á la Jecker, que le parecía persona más docta y entendida que las demás.

— Míreles usted; vea cuán galanes y llenos de relumbrones vienen: el azul predomina entre ellos, y van los infantes con sus dormanes y sus chaquetines con vivos



rojos; los de caballería llevan piquetas con franjas amarillas, y los cuerpos especiales se distinguen por el color morado en los quepis y uniformes... Note usted la cantidad de oro que hay en tantísimas charreteras y canelones: de subteniente arriba, todos andan hechos unos soles; fíjese al mismo tiempo, en que la tropa, aunque limpia y no mal vestida, no trae zapatos, probablemente para que se conozca que reina la igualdad democrática...

Ya llega la primera división, que por cierto es la mejor de este ejército de mentirijillas: la manda don Felipe Berriozábal, y cuenta con jefes como don Porfirio Díaz y don Pedro Hinojosa... Fórmanla nueve batallones llegados de Toluca, Oaxaca y Jalisco, y la componen cuatro mil hombres... Son los primeros en llegar, aunque vienen desde la plazuela del Calvario, por las calles de la Cruz y Nochebuena... Según parece, se situarán frente á la fortaleza de Zaragoza, como llaman ahora al cerro de Loreto, pues en los tiempos actuales todo ha cambiado de nombre, y hasta el llano que se extiende á nuestros pies, que en cristiano se llamaba de San Baltasar, ahora le llaman de Ingenieros los reformistas...

Los que se aproximan ahora son los de Negrete... Ya se olvidó Negrete, no más con volverse constitucionista, de que era soldado y buen soldado; por eso su gente no está instruída, ni disciplinada y ni siquiera demuestra

haber comido bien... Tiene por segundo á Lamadrid, y como jefes de sus batallones á Rioseco, Escobedo y Prieto...

Mire usted á los que se aproximan: son los de Guanajuato, que manda Antillón... Vea no más qué lujo de oficiales; el que menos, parece un calabazate tapatío. Son solamente dos mil; pero cuentan con toda la protección del ministro Doblado, que les ha concedido caja propia, mayor sueldo que á los otros cuerpos y no sé cuántos gajes que ponen á estos sujetos en situación mucho mejor que la de los otros soldados... Mandan los de esta división, Ceferino Macías, protegido de Doblado, Montesinos y Herrera.

Esa gente que se aproxima por el puente de Analco, forma la división de Milagrillo, como llaman á don Francisco Alatorre. El italiano Ghilardi, que manda una brigada, no satisfecho con quitarle su poder al Padre Santo, viene á ver si aquí acaba con el catolicismo; los otros batallones los dirige don Miguel Auza, licenciado hecho general, como todos los reformistas.

No tan numerosa como la anterior, que tiene más de tres mil plazas, es la división que está colocada al pie del fuerte de Ingenieros, de donde salió. La manda don Ignacio de la Llave, y tiene por auxiliares á Mora y á Patoni: son dos mil quinientos hombres de tropa mediana.

No se distingue, pero está en las cercanías, una tropa



de menos de mil hombres que manda don Ignacio Mejía.

Vean ustedes la polvareda que se nota á nuestro frente: es la caballería, que viene desde la Concordia á paso de carga... ¡Pobres animales! Se conoce que no se nutren con saber que defienden á la patria, porque los pobres están más trasijados que si no hubieran comido en un año, como el famoso caballo de Gonela.

Pero, señor, ¿se ha visto tontería mayor? También traen aquí la artillería... ¿Pues qué dejan en los fuertes?

Sedeño había escuchado atento aquella relación; pero al oír lo de que los fuertes quedaban abandonados, se le ocurrió la más extraña idea del mundo. «¿Quién quita, pensaba, que algún golpe de tropas franco-mexicanas, empleando el ardimiento galo y audacia mexicana, vengán á la chita callando y se metan á los fuertes, amarren codo con codo á los pocos que los cuiden, y á la hora que regresen los juaristas ¡pim, pam, pim, pam! cañonazo y más cañonazo de los ocupantes de las fortificaciones? Llega en eso el señor general Forey, que forzando jornadas y adelantándose al resto de las tropas, trae diez ó doce mil hombres de gente escogida, termina la obra de estos valientes, y dice á los constitucioneros farolones: «No hay fortalezas, amiguitos; ¡ríndanse (esto en voz alta y levantando el dedo índice como para regañar y prevenir), ríndanse á discreción, que sino les pasamos á cuchillo!...»

Apenas acababa de decir esto cuando le volvió á la vida un trueno que le hizo estremecerse é interrumpir el discurso: la artillería acababa de avanzar sobre la línea de tiradores la batería que estaba en primer término, y hacía una salva con arreglo á ordenanza.

Eran las cuatro de la tarde; el *tlaloc* estaba cubierto de



nubes; caían gruesos goterones y soplaba un vientecillo impregnado de humedad, que daba mucho en qué pensar á los bobos que ocupaban las colinas declive de los cerros; mas nadie se movía en dirección á la ciudad.

Llegaba en ese momento una carretela que conducía á Juárez, á Fuente, su ministro de Relaciones, y á don Ignacio Comonfort, siguiéndoles una escolta de cien jinetes.

Tras ellos desembocó Ortega en unión de O'Horan y de



Mendoza, y seguido de una escolta de doscientos hombres á caballo, con los sables desnudos, el pecho lleno de bordados, la mirada fiera y los pies tensos en los estribos.

— ¡Miren qué cosa tan chula, muchachas! gritó Eugenia, que tenía innato el sentimiento del color; ¡qué de banderas, qué de estandartes, qué de guiones, y cada cual con su matiz!... Y aquellos mástiles lejanos...

En efecto, el Cuartel general tenía como distintivo la bandera nacional, y el Estado mayor, los jefes de división, los estados mayores de división, las brigadas, los batallones y los regimientos llevaban guiones, banderas, banderines, gallardetes, estandartes y toda clase de distintivos, confundiéndose en la apretada policromía el amarillo con el azul, el verde con el naranjado, el violeta con el lila, el blanco con el rojo, cual si un pintor loco les uniera por capricho para separarles luego, formar con ellos artificiosas combinaciones y hacerles en seguida entrechocarse y ponerse en pugna, como si fuera aquella la batalla del espectro. Al mismo tiempo los ayudantes que cercaban á los jefes lucían sus bandas policromas, como los distintivos de los cuerpos á que pertenecían, y los mástiles de los telégrafos lucían todos sus colores, excepto el negro, como para hacer más bella la tarde muriente, que se despedía con su cortejo de nubes teñidas de colores más vivos que los que lucían abajo.

Juárez pasó frente á la doble línea de batalla, y los

veinte mil hombres formados en fila lanzaron tres gritos, que repercutieron las serranías distantes:

— ¡Viva México!

— ¡Viva el supremo Gobierno constitucional!

— ¡Viva el General en jefe!

Rebeca Vaca preguntó á Eugenia:

— ¿Le viste?

— ¡Cómo no! Estaba muy chiquitito, metido allá entre muchísimos hombres; él ni se figuró siquiera dónde estuviéramos... ¿Y tú viste lo tuyo?

— Sí que le vi; por cierto que era el más guapo de todos; no puedes figurarte lo que le agradaba la banda azul que le bordé.

Bajaban entretanto, y Córdoba echaba pestes de los liberales diciendo que no tenían vergüenza, ni valor, ni nada. El viejo Romo le salió al paso.

— Pues, licenciadito, perdóneme su merced; mas no me convence. ¿Que éstos no siven? Pues alístese usted en ellos, que así será como se arreglen mejor las cosas... ¿Qué dice?... Yo no le aseguro que esto sea mejor, porque he visto bueno; mas ¡qué diablo! se hace lo que se puede. Soldados, aquellos de mis tiempos... Aquel regimiento de Tres Villas, que tenía el privilegio de tomar la derecha en el ataque y que si no se lo daban no atacaba... Aquella caballería que cargaba al trote, aquellos batallones que marchaban con paso cadencioso... Eso ya ha caído en



olvido, y no lo hacen ni sus adorados franceses... Dígale al señor Forey que ordene á uno de sus cuerpos formar en una evolución, con los pies de los soldados, la frase *¡Viva al rey!* como nosotros la formamos cuando la jura de Fernando, y quiero que me corten la lengua si lo logran... Esos eran buenos tiempos, amigo Córdova; pero si los que alcanzamos son malos, á ustedes los chicos les toca hacerlos mejores... ¡Qué diablo! de menos nos hizo Dios, y no hay que creer en que estos que se traen el rey de las orejas vayan á desasnarnos... Algo se ha visto, y no es cosa de espantarse porque se ha contemplado á cuatro monigotes franchutes que bailan la redova y hablan en gabacho... Hubiera usted visto lo de Barradas y lo de Veracruz, cuando vinieron sus amigos de usted á llevarse nuestros tlacos, y el Molino del Rey y Chapultepec, y no estaría ahogándose en tan poca agua.

Rió Tirso por la reprimenda, y dando el brazo á *Génie*, bajó con ella el collado. Las Sedeños y las Vacas decían todavía asombradas: «Qué lindo, tú», y el borrachín Rudesindo, que había estado avispado la tarde entera, exclamó: «Mañana me presento; ¿por qué he de ser menos que otros?»

Y al día siguiente se alistó en un cuerpo de Zacatecas.

